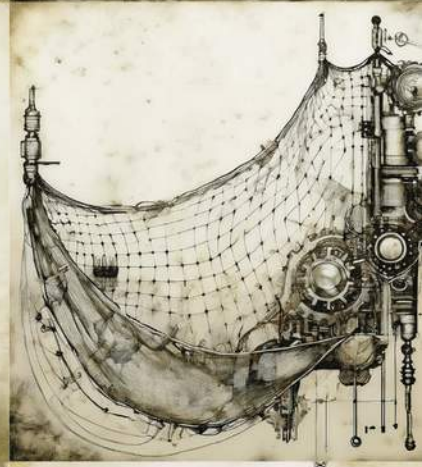






La guerra de los mundos

H. G. Wells

La guerra de los mundos

H. G. Wells



Traducción
Nicolás Jiménez Ariza



Chibalete Editores

Título original: *The war of the worlds*

Por H. G. Wells

Adriana Serrano.

Dirección del Programa Integral de Lectura y Gestión del Conocimiento.

Nicolás Jiménez Ariza.

Dirección de colección.

Para la traducción de la presente obra se siguió la primera edición en inglés (1898) editada e impresa por William Heinemann (Reino Unido).

© Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción parcial o total de este libro, su recopilación en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o medida, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro, o bien por otros medios, sin el previo consentimiento por escrito de la editorial. Los contenidos de este libro han sido intervenidos parcialmente con herramientas de IA bajo supervisión humana.

© De la presente traducción: Nicolás Jiménez Ariza

© Diseño e ilustración: Chibalete Editores, 2025

ISBN-E: 978-628-96671-5-8

www.chibaleteeditores.com

Contenido

Prólogo

9

Libro uno. La llegada de los marcianos

Capítulo I. La víspera de la guerra.	15
Capítulo II. La estrella fugaz	25
Capítulo III. En Horsell Common	33
Capítulo IV. El cilindro se abre	39
Capítulo V. El rayo de calor	47
Capítulo VI. El rayo de calor en la carretera de Chobham	55
Capítulo VII. Cómo llegué a casa	59
Capítulo VIII. Viernes por la noche	67
Capítulo IX. Comienza la lucha	71
Capítulo X. En la tormenta	81
Capítulo XI. En la ventana	91
Capítulo XII. Lo que vi de la destrucción de Weybridge y Shepperton	101
Capítulo XIII. Cómo terminé con el párroco	119
Capítulo XIV. En Londres	129
Capítulo XV. Lo ocurrido en Surrey.	149
Capítulo XVI. El éxodo de Londres	161
Capítulo XVII. El "niño trueno"	183



La novela no se limita a narrar un enfrentamiento épico entre humanos y marcianos; también es una reflexión sobre la fragilidad de la civilización humana. Al situar la invasión en el corazón de Inglaterra, un país que en ese momento representaba el pináculo del poder colonial, Wells invierte los roles, obligando al lector a imaginar lo que se sentiría ser el objeto de una fuerza invasora tecnológicamente superior.

En el contexto de su tiempo, *La guerra de los mundos* fue una advertencia sutil pero poderosa sobre los peligros de la complacencia y la arrogancia humana frente a la naturaleza y al cosmos. Y aunque escrita hace más de un siglo, la obra sigue resonando hoy, en una era marcada por el avance tecnológico, la exploración espacial y los desafíos globales.

Tres formas de leer *La guerra de los mundos*

Una crítica al colonialismo y la expansión imperialista. En el siglo XIX, Inglaterra era la potencia colonial dominante, y Wells usó esta obra para dar un giro crítico a esa realidad. Los marcianos, con su avanzada tecnología y su capacidad para destruir todo a su paso, representan una fuerza colonial que no se detiene ante nada. Al igual que las potencias coloniales europeas de su época, los marcianos ven a los humanos como inferiores, como una especie que puede ser explotada sin remordimientos.

Esta inversión de roles obliga al lector a empatizar con las civilizaciones que fueron sometidas y diezmadas por las potencias imperiales. ¿Qué se siente ser invadido? ¿Qué ocurre cuando una fuerza superior destruye todo lo conocido y deja a su paso el caos? Estas preguntas, implícitas en la narrativa, convierten a *La guerra de los mundos* en una obra profundamente crítica y relevante para reflexionar sobre la historia del colonialismo.

La fragilidad de la humanidad frente al cosmos. Wells nos recuerda que, pese a nuestro sentido de superioridad, somos vulnerables en un universo vasto y misterioso. Los marcianos, con su tecnología y sus máquinas de guerra, representan un desafío que ninguna fuerza terrestre puede igualar. La derrota final de los invasores, causada no por la resistencia humana, sino por microorganismos que los humanos han desarrollado inmunidad, subraya esta fragilidad.

El mensaje es claro: no somos los amos del universo. Somos una parte más de un sistema complejo, y nuestra supervivencia depende de factores que muchas veces no podemos controlar. Esta idea, que se adelantó a teorías ecológicas y astrobiológicas modernas, sigue siendo un llamado a la humildad y al respeto por la naturaleza y las fuerzas más grandes que nosotros mismos.

La ética y el impacto de la ciencia y la tecnología. Como buen visionario, Wells aborda el potencial y los peligros de la tecnología. Los marcianos son tecnológicamente superiores, pero su dependencia de sus máquinas es también su mayor debilidad. Este aspecto invita a reflexionar sobre el papel de la tecnología en nuestras vidas: ¿hasta qué punto dependemos de ella? ¿Cómo afecta nuestra relación con el entorno y con nosotros mismos? Además, la novela plantea preguntas éticas que siguen siendo relevantes hoy en día, en un mundo donde la inteligencia artificial, la biotecnología y la exploración espacial avanzan a un ritmo acelerado. ¿Cómo usamos nuestro conocimiento científico? ¿Estamos preparados para las consecuencias de nuestras invenciones? *La guerra de los mundos* es un recordatorio de que la ciencia y la tecnología deben estar al servicio de la humanidad y no convertirse en herramientas de destrucción.

Esta edición de *La guerra de los mundos* busca resaltar estos aspectos fundamentales, invitando a los lectores a redescubrir esta obra desde una perspectiva contemporánea. Hemos optado por una traducción que





apenas hemos soñado, ven, a su distancia más cercana, a solo 147.000.000 de kilómetros del sol, una estrella matutina de esperanza, nuestro propio planeta más cálido, verde de vegetación y azul de agua, con una atmósfera nublada elocuente de fertilidad, con vislumbres a través de sus volutas de nubes a la deriva de amplias extensiones de países poblados y mares estrechos y atestados de barcos.

Y nosotros, los humanos, las criaturas que habitamos esta tierra, debemos ser para ellos al menos tan extraños y humildes como lo son los monos y los lemures para nosotros. El lado intelectual del hombre ya admite que la vida es una lucha incesante por la existencia, y parece que ésta también es la creencia de las mentes de Marte. Su mundo está muy lejos de enfriarse y este mundo todavía está lleno de vida, pero lleno solo de lo que ellos consideran animales inferiores. Llevar la guerra hacia el sol es, de hecho, su única escapatoria de la destrucción que, generación tras generación, se arrastra sobre ellos.

Y antes de juzgarlos con demasiada dureza, debemos recordar la destrucción despiadada y total que nuestra propia especie ha causado, no solo a animales como el desaparecido bisonte y el dodo, sino también a sus razas inferiores. Los tasmanos, a pesar de su semejanza humana, fueron barridos completamente de la existencia en una guerra de exterminio librada por inmigrantes europeos, en el espacio de cincuenta años. ¿Somos tan apóstoles de la misericordia como para quejarnos si los marcianos guerrearan con el mismo espíritu?

Los marcianos parecen haber calculado su descenso con asombrosa sutileza -sus conocimientos matemáticos son evidentemente muy superiores a los nuestros- y haber llevado a cabo sus preparativos con una unanimidad casi perfecta. Si nuestros instrumentos nos lo hubieran permitido, habríamos podido ver los problemas que se avecinaban ya en el siglo XIX. Hombres como Schiaparelli observaron el planeta rojo -es curioso, por cierto, que durante incontables siglos Marte haya sido la estrella

de la guerra- pero no supieron interpretar las fluctuantes apariencias de las marcas que tan bien cartografiaron. Durante todo ese tiempo, los marcianos debieron de estar preparándose.

Durante la oposición de 1894 se vio una gran luz en la parte iluminada del disco, primero en el Observatorio Lick, luego por Perrotin de Niza, y después por otros observadores. Los lectores ingleses oyeron hablar de ella por primera vez en el número de Nature del 2 de agosto. Me inclino a pensar que este resplandor puede haber sido la fundición del enorme cañón, en el vasto pozo hundido en su planeta, desde el cual nos dispararon sus tiros. Durante las dos oposiciones siguientes se observaron marcas peculiares, todavía inexplicables, cerca del lugar de ese estallido.

La tormenta estalló sobre nosotros hace ahora seis años. Cuando Marte se acercaba a la oposición, Lavelle de Java hizo palpar los cables de la bolsa astronómica con la sorprendente noticia de un enorme brote de gas incandescente sobre el planeta. Había ocurrido hacia la medianoche del día doce; y el espectroscopio, al que había recurrido inmediatamente, indicaba una masa de gas llameante, principalmente hidrógeno, moviéndose con una enorme velocidad hacia esta tierra. Este chorro de fuego se había vuelto invisible hacia las doce y cuarto. Lo comparó con una colosal bocanada de llamas que salía repentina y violentamente del planeta, "como los gases llameantes salían disparados de una pistola."

Resultó ser una frase singularmente apropiada. Sin embargo, al día siguiente no había nada al respecto en los periódicos, salvo una pequeña nota en el Daily Telegraph, y el mundo ignoraba uno de los peligros más graves que jamás haya amenazado a la raza humana. Yo no me habría enterado de la erupción si no hubiera conocido a Ogilvy, el conocido astrónomo, en Ottershaw. Estaba inmensamente emocionado por la noticia y, en el exceso de sus sentimientos, me invitó a participar con él aquella noche en un escrutinio del planeta rojo.





A pesar de todo lo que ha sucedido desde entonces, todavía recuerdo aquella vigilia con gran nitidez: el observatorio negro y silencioso, la sombría linterna que arrojaba un débil resplandor sobre el suelo en un rincón, el constante tictac del mecanismo del telescopio, la pequeña rendija en el techo, una profundidad oblonga con el polvo de estrellas esparcido por ella. Ogilvy se movía de un lado a otro, invisible pero audible. Mirando por el telescopio, se veía un círculo de azul profundo y el pequeño planeta redondo nadando en el campo. Parecía una cosa tan pequeña, tan brillante y pequeña y quieta, débilmente marcada con rayas transversales y ligeramente achatada respecto a la redondez perfecta. Pero era tan pequeño, tan plateado y cálido: ¡la cabeza de un alfiler de luz! Era como si temblara, pero en realidad se trataba del telescopio vibrando con la actividad del mecanismo de relojería que mantenía el planeta a la vista.

Mientras observaba, el planeta parecía agrandarse y empequeñecerse, avanzar y retroceder, pero eso era simplemente que mi vista estaba cansada. Estaba a sesenta millones de kilómetros de nosotros, más de sesenta millones de kilómetros de vacío. Pocas personas se dan cuenta de la inmensidad del vacío en el que nada el polvo del universo material.

Cerca de él en el campo, recuerdo, había tres débiles puntos de luz, tres estrellas telescópicas infinitamente remotas, y a su alrededor estaba la insondable oscuridad del espacio vacío. Ya sabes cómo se ve esa negrura en una noche helada de luz estelar. En un telescopio parece mucho más profunda. E invisible para mí, porque era tan remota y pequeña, volando rápida y firmemente hacia mí a través de aquella increíble distancia, acercándose cada minuto tantos miles de kilómetros, venía la Cosa que nos enviaban, la Cosa que iba a traer tanta lucha y calamidad y muerte a la Tierra. Nunca soñé con ello mientras observaba; nadie en la Tierra soñó con aquel misil infalible.

Esa noche también hubo otro chorro de gas del planeta distante. Yo lo vi. Un destello rojizo en el borde, la más leve proyección del contorno



justo cuando el cronómetro marcaba la medianoche; y en ese momento se lo dije a Ogilvy y él ocupó mi lugar. La noche era cálida y yo estaba sediento, y fui estirando las piernas torpemente y tanteando el terreno en la oscuridad, hasta la mesita donde estaba el sifón, mientras Ogilvy exclamaba ante la serpentina de gas que salía hacia nosotros.

Aquella noche, otro misil invisible se puso en camino hacia la Tierra desde Marte, apenas un segundo menos de veinticuatro horas después del primero. Recuerdo cómo me senté en la mesa, en la oscuridad, con manchas verdes y carmesí nadando ante mis ojos. Deseaba tener una luz para fumar, sin sospechar el significado del diminuto destello que había visto y todo lo que me traería dentro de poco. Ogilvy observó hasta la una y luego se rindió; encendimos la linterna y caminamos hacia su casa. Abajo, en la oscuridad, estaban Ottershaw y Chertsey y todos sus cientos de habitantes, durmiendo en paz.

Aquella noche estaba lleno de especulaciones sobre el estado de Marte, y se burlaba de la idea vulgar de que tuviera habitantes que nos estuvieran haciendo señales. Su idea era que podían estar cayendo meteoritos en una fuerte lluvia sobre el planeta, o que se estaba produciendo una enorme explosión volcánica. Me señaló lo improbable que era que la evolución orgánica hubiera tomado la misma dirección en los dos planetas adyacentes.

"Las probabilidades de que haya algo parecido a un hombre en Marte son de una entre un millón", afirmó.

Cientos de observadores vieron la llama esa noche y la noche siguiente hacia medianoche, y de nuevo la noche siguiente; y así durante diez noches, una llama cada noche. Nadie en la Tierra ha intentado explicar por qué cesaron los disparos después de la décima. Es posible que los gases de los disparos causaran molestias a los marcianos. Densas nubes de humo o polvo, visibles en la Tierra a través de un potente telescopio como

pequeñas manchas grises y fluctuantes, se extendieron a través de la claridad de la atmósfera del planeta y oscurecieron sus rasgos más familiares.

Incluso los diarios se despertaron por fin a los disturbios, y aparecieron notas populares aquí, allá y acullá sobre los volcanes de Marte. El periódico serio-cómico *Punch*, recuerdo, hizo un feliz uso de ello en la viñeta política. Y, sin que nadie lo sospechara, aquellos misiles que los marcianos habían disparado contra nosotros se acercaban a la Tierra, corriendo ahora a un ritmo de muchos kilómetros por segundo a través del vacío golfo del espacio, hora tras hora y día tras día, cada vez más cerca. Me parece ahora casi increíblemente maravilloso que, con aquel veloz destino cerniéndose sobre nosotros, los hombres pudieran dedicarse a sus insignificantes preocupaciones como lo hacían. Recuerdo el júbilo de Markham al conseguir una nueva fotografía del planeta para el periódico ilustrado que dirigía en aquellos días. La gente de estos últimos tiempos apenas se da cuenta de la abundancia y el espíritu emprendedor de nuestros periódicos del siglo XIX. Por mi parte, estuve muy ocupado aprendiendo a montar en bicicleta y escribiendo una serie de artículos sobre la probable evolución de las ideas morales a medida que progresaba la civilización.

Una noche (el primer misil apenas podía estar entonces a 15.000.000 de kilómetros) salí a pasear con mi esposa. A la luz de las estrellas, le expliqué los signos del zodiaco y le señalé Marte, un brillante punto de luz que se arrastraba hacia el centro y hacia el que apuntaban tantos telescopios. Era una noche cálida. De vuelta a casa, un grupo de excursionistas de Chertsey o Isleworth pasó junto a nosotros cantando y tocando música. Había luces en las ventanas superiores de las casas mientras la gente se iba a la cama. Desde la estación de ferrocarril, a lo lejos, llegaba el sonido de los trenes de maniobras, sonando y retumbando, suavizado casi hasta la melodía por la distancia. Mi mujer me señaló el brillo de las luces de señalización rojas, verdes y amarillas que colgaban en un marco contra el cielo. Parecía tan seguro y tranquilo.





Capítulo II. La estrella fugaz

Entonces llegó la noche de la primera estrella fugaz. Fue vista temprano por la mañana, precipitándose sobre Winchester hacia el este, una línea de llamas en lo alto de la atmósfera. Cientos de personas debieron verla y tomarla por una estrella fugaz ordinaria. Albin la describió dejando tras de sí una raya verdosa que brilló durante algunos segundos. Denning, nuestra mayor autoridad en meteoritos, declaró que la altura de su primera aparición fue de unas noventa o cien millas. Le pareció que cayó a tierra unos doscientos kilómetros al Este de él.

Yo estaba en casa a esa hora y escribía en mi estudio; y aunque mis ventanas francesas daban a Ottershaw y la persiana estaba levantada (porque en aquellos días me encantaba mirar al cielo nocturno), no vi nada de aquello. Sin embargo, la más extraña de todas las cosas que han venido a la Tierra desde el espacio exterior debió de caer mientras yo estaba sentado allí, visible para mí si hubiera mirado hacia arriba cuando pasó. Algunos de los que vieron su vuelo dicen que viajó con un silbido. Yo no oí nada de eso. Muchas personas de Berkshire, Surrey y Middlesex debieron ver su caída y, como mucho, pensaron que había descendido otro meteorito. Nadie parece haberse preocupado de buscar la masa caída aquella noche.

Pero muy temprano por la mañana, el pobre Ogilvy, que había visto la estrella fugaz y estaba convencido de que había un meteorito en algún lugar de la zona común entre Horsell, Ottershaw y Woking, se levantó temprano con la idea de encontrarlo. Lo encontró, poco después del amanecer, y no lejos de los fosos de arena. El impacto del proyectil había hecho un enorme agujero, y la arena y la grava habían sido arrojadas violentamente en todas direcciones sobre el brezal, formando montones visibles a una milla y media de distancia. El brezo ardía hacia el este, y una fina humareda azul se elevaba contra el amanecer.



La Cosa yacía casi enterrada en la arena, entre las astillas dispersas de un abeto que había hecho añicos en su descenso. La parte descubierta tenía el aspecto de un enorme cilindro, cubierto y con el contorno suavizado por una gruesa incrustación escamosa de color pardo. Tenía un diámetro de unos treinta metros. Se acercó a la masa, sorprendido por el tamaño y más aún por la forma, ya que la mayoría de los meteoritos son más o menos redondeados. Sin embargo, aún estaba tan caliente por el vuelo que le impidió acercarse. El ruido que se producía en el interior del cilindro lo atribuyó al enfriamiento desigual de su superficie, ya que en aquel momento no se le había ocurrido que pudiera estar hueco.

Permaneció de pie al borde de la fosa que la Cosa se había hecho, contemplando su extraño aspecto, asombrado sobre todo por su forma y color inusuales, y percibiendo vagamente incluso entonces alguna evidencia de designio en su llegada. La mañana estaba maravillosamente tranquila y el sol, que acababa de despejar los pinos en dirección a Weybridge, ya calentaba. No recordaba haber oído ningún pájaro aquella mañana, desde luego no se movía ninguna brisa, y los únicos sonidos eran los débiles movimientos del cilindro de ceniza. Estaba solo en el parque.

De pronto, se dio cuenta de que parte del clinker gris, la incrustación cenicienta que cubría el meteorito, se desprendía del borde circular del extremo. Se desprendía en copos y llovía sobre la arena. De repente se desprendió un trozo grande y cayó con un ruido agudo que le hizo palpar el corazón.

Durante un minuto apenas se dio cuenta de lo que significaba aquello y, aunque el calor era excesivo, bajó a la fosa, cerca del bulto, para ver la Cosa con más claridad. Incluso entonces pensó que el enfriamiento del cuerpo podía ser la causa, pero lo que perturbó esa idea fue el hecho de que la ceniza caía solo desde el extremo del cilindro.

Y entonces percibió que, muy lentamente, la parte superior circular del cilindro giraba sobre su cuerpo. Era un movimiento tan gradual





que solo lo descubrió al notar que una marca negra que había estado cerca de él hacia cinco minutos estaba ahora al otro lado de la circunferencia. Incluso entonces apenas comprendió lo que esto indicaba, hasta que oyó un sonido sordo y vio que la marca negra se movía hacia delante unos dos centímetros. Entonces lo comprendió de golpe. El cilindro era artificial, hueco, con un extremo que se enroscaba. Algo dentro del cilindro estaba desenroscando la parte superior.

"¡Santo cielo!", dijo Ogilvy. "¡Hay un hombre dentro, hombres dentro! ¡Medio asado hasta morir! ¡Tratando de escapar!"

Al instante, con un rápido salto mental, relacionó la Cosa con el destello sobre Marte.

El pensamiento de la criatura confinada le resultó tan espantoso que olvidó el calor y se acercó al cilindro para ayudar a girar. Pero, por suerte, la sorda radiación le detuvo antes de que pudiera quemarse las manos en el metal aún incandescente. Se quedó un momento indeciso, se dio la vuelta, salió del pozo y echó a correr hacia Woking. Debían de ser cerca de las seis. Se encontró con un carretero y trató de hacerle comprender, pero su historia y su aspecto eran tan disparatados -se le había caído el sombrero en el pozo- que el hombre se limitó a seguir su camino. Tampoco tuvo éxito con el hombre que estaba abriendo las puertas de la taberna de Horsell Bridge. El hombre pensó que se trataba de un loco suelto e intentó sin éxito encerrarlo en la taberna. Aquello le hizo recuperar un poco la sobriedad; y cuando vio a Henderson, el periodista londinense, en su jardín, llamó por encima de las empalizadas y se hizo entender.

"Henderson", llamó, "¿viste esa estrella fugaz anoche?"

"¿Sí, por qué?", dijo Henderson.

"Ahora está en Horsell Common".

"¡Dios mío!", dijo Henderson. "¡Caída de meteorito! Eso es bueno".

"Pero es algo más que un meteorito. Es un cilindro... ¡un cilindro artificial! Y hay algo dentro".

Henderson se levantó con la pala en la mano.

"¿Qué es eso?", dijo. Estaba sordo de un oído.

Ogilvy le contó todo lo que había visto. Henderson estuvo un minuto más o menos asimilándolo. Luego dejó caer la pala, cogió su chaqueta y salió a la carretera. Los dos hombres se apresuraron a regresar al lugar y encontraron el cilindro en la misma posición. Pero ahora habían cesado los ruidos en su interior, y entre la parte superior y el cuerpo del cilindro se veía un delgado círculo de metal brillante. El aire entraba o salía por el borde con un ligero chisporroteo.

Escucharon, golpearon el escamoso metal quemado con un palo y, al no obtener respuesta, ambos llegaron a la conclusión de que el hombre o los hombres que estaban dentro debían de estar inconscientes o muertos.

Por supuesto, los dos no pudieron hacer nada. Gritaron consuelos y promesas, y volvieron al pueblo en busca de ayuda. Uno puede imaginárselos, cubiertos de arena, excitados y desordenados, corriendo calle arriba bajo la brillante luz del sol, justo cuando los comerciantes bajaban sus persianas y la gente abría las ventanas de sus dormitorios. Henderson fue inmediatamente a la estación de ferrocarril para telegrafiar las noticias a Londres. Los artículos del periódico habían preparado las mentes de los hombres para la recepción de la idea.

A las ocho, varios muchachos y hombres sin trabajo ya habían partido hacia el común para ver a los *muertos de Marte*. Esa fue la forma que tomó la historia. Me enteré por el repartidor de periódicos a eso de las nueve menos cuarto, cuando salí a buscar mi *Daily Chronicle*. Como es natural, me sobresalté, y no perdí tiempo en salir y cruzar el puente de Ottershaw hasta los fosos de arena.







Capítulo III. En Horsell Common

Encontré una pequeña multitud de unas veinte personas rodeando el enorme agujero en el que yacía el cilindro. Ya he descrito el aspecto de aquel bulto colosal, incrustado en el suelo. El césped y la grava que lo rodeaban parecían carbonizados como por una explosión repentina. Sin duda, su impacto había provocado una llamarada de fuego. Henderson y Ogilvy no estaban allí. Creo que se habían dado cuenta de que no había nada que hacer por el momento y se habían ido a desayunar a casa de Henderson.

Había cuatro o cinco chicos sentados en el borde de la Fosa, con los pies colgando, y se divertían -hasta que yo se lo impedí- lanzando piedras a la gigantesca masa. Después de hablarles de ello, empezaron a jugar al "toque" dentro y fuera del grupo de espectadores.

Entre ellos había un par de ciclistas, un jardinero que yo contrataba a veces, una chica con un bebé, Gregg, el carnicero, y su hijito, y dos o tres holgazanes y caddies de golf que solían merodear por la estación de ferrocarril. Se hablaba muy poco. Pocas personas del pueblo inglés tenían en aquella época algo más que vagas ideas astronómicas. La mayoría de ellos miraban en silencio la gran mesa como extremo del cilindro, que seguía como la habían dejado Ogilvy y Henderson. Me imagino que la expectativa popular de ver un montón de cadáveres carbonizados se vio defraudada ante este bulto inanimado. Algunos se fueron mientras yo estaba allí, y otras personas vinieron. Me metí en la fosa y me pareció oír un leve movimiento bajo mis pies. Sin duda, la parte superior había dejado de girar.

Solo cuando me acerqué a él me di cuenta de lo extraño que era aquel objeto. A primera vista no era más emocionante que un carruaje volcado o un árbol atravesado en el camino. De hecho, no lo era tanto. Parecía un oxidado flotador de gas. Hacía falta cierta educación científica para percibir que la escala de grises de la Cosa no era un óxido común, que el metal blanco amarillento que brillaba en la grieta entre la tapa y el cilindro





tenía un matiz desconocido. *Extraterrestre* carecía de significado para la mayoría de los espectadores.

En aquel momento tenía muy claro que la Cosa procedía del planeta Marte, pero consideraba improbable que contuviera algún ser vivo. Pensé que el desenroscamiento podría ser automático. A pesar de Ogilvy, seguía creyendo que había hombres en Marte. En mi mente corrían fantasías sobre las posibilidades de que contuviera manuscritos, sobre las dificultades de traducción que podrían surgir, sobre si encontraríamos monedas y modelos en él, etcétera. Sin embargo, era un poco demasiado grande para asegurar esta idea. Sentía impaciencia por verlo abierto. Hacia las once, como no parecía ocurrir nada, regresé, lleno de tales pensamientos, a mi casa de Maybury. Pero me resultaba difícil ponerme a trabajar en mis investigaciones abstractas.

Por la tarde el aspecto del común había cambiado mucho. Las primeras ediciones de los periódicos vespertinos habían sobresaltado a Londres con enormes titulares:

"UN MENSAJE RECIBIDO DE MARTE".

"NOTABLE HISTORIA DE WOKING".

Y así sucesivamente. Además, el telegrama de Ogilvy a la *Bolsa Astronómica* había despertado a todos los observatorios de los tres reinos.

Había media docena o más de camionetas de la estación de Woking paradas en la carretera, junto a los fosos de arena, una calea de Chobham y un carruaje bastante señorial. Además, había un montón de bicicletas. Además, un gran número de personas debían de haber venido a pie, a pesar del calor del día, desde Woking y Chertsey, de modo que en total había una multitud considerable, con una o dos señoras alegremente vestidas entre los demás.

Hacía un calor abrasador, no había ni una nube en el cielo ni un soplo de viento, y la única sombra era la de los pocos pinos dispersos. El brezo en llamas se había extinguido, pero el terreno llano en dirección





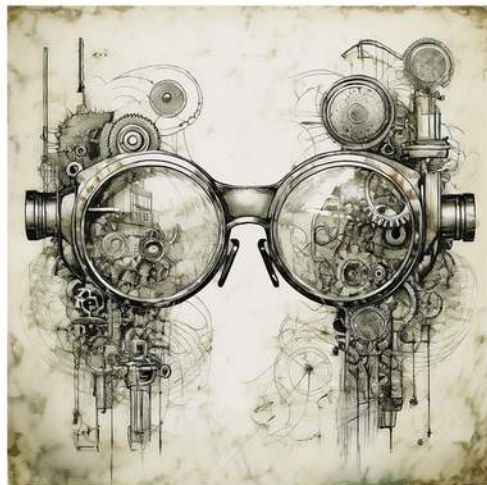
a Ottershaw estaba ennegrecido hasta donde alcanzaba la vista y seguía despidiendo serpentinas verticales de humo. Un emprendedor vendedor de dulces de Chobham Road había enviado a su hijo con una carretilla cargada de manzanas verdes y cerveza de jengibre.

Al acercarme al borde de la fosa, la encontré ocupada por un grupo de media docena de hombres: Henderson, Ogilvy y un hombre alto y rubio que, según supe más tarde, era Stent, el Astrónomo Real, con varios obreros que blandían palas y picos. Stent daba instrucciones con voz clara y aguda. Estaba de pie sobre el cilindro, que ahora estaba evidentemente mucho más frío; su rostro estaba carmesí y chorreaba sudor, y algo parecía haberle irritado.

Una gran parte del cilindro había quedado al descubierto, aunque su extremo inferior seguía incrustado. En cuanto Ogilvy me vio entre la multitud que miraba fijamente al borde de la fosa, me llamó para que bajara y me preguntó si me importaría acercarme a ver a lord Hilton, el señor de la mansión.

La creciente multitud, dijo, se estaba convirtiendo en un serio impedimento para sus excavaciones, especialmente para los chicos. Querían una barandilla ligera y ayuda para mantener a la gente alejada. Me dijo que de vez en cuando se oía un leve movimiento en el interior de la caja, pero que los obreros no habían conseguido desenroscar la tapa, ya que no les servía de asidero. La caja parecía ser enormemente gruesa, y era posible que los débiles sonidos que oíamos representaran un ruidoso tumulto en el interior.

Me alegré mucho de hacer lo que me pedía y convertirme así en uno de los espectadores privilegiados del recinto contemplado. No conseguí encontrar a lord Hilton en su casa, pero me dijeron que le esperaban en Londres en el tren de las seis de la tarde, procedente de Waterloo; y como entonces eran las cinco y cuarto, me fui a casa, tomé un poco de té y me dirigí a la estación para adelantarme a él.





Capítulo IV. El cilindro se abre

Cuando regresé al parque, el sol se estaba poniendo. Grupos dispersos se apresuraban en dirección a Woking, y una o dos personas regresaban. La muchedumbre que rodeaba el foso había aumentado y destacaba sobre el amarillo limón del cielo: un par de centenares de personas, tal vez. Se alzaban las voces y parecía que había una especie de lucha en torno a la fosa. Por mi mente pasaron imaginaciones extrañas. A medida que me acercaba, oí la voz de Stent:

"¡Atrás! ¡Atrás!"

Un chico vino corriendo hacia mí.

"Se está moviendo", me dijo al pasar, "yendo y viniendo". No me gusta. Me voy a casa".

Me acerqué a la multitud. Había realmente, creo, doscientas o trescientas personas que se daban codazos y empujones, y una o dos señoras no eran en absoluto las menos activas.

"¡Ha caído en el pozo!", gritó alguien.

"¡Atrás!", dijeron varios.

La multitud se agitó un poco y me abrí paso a codazos. Todos parecían muy excitados. Oí un zumbido peculiar en el foso.

"¡Yo digo!" dijo Ogilvy; "ayuda a mantener a estos idiotas atrás. No sabemos lo que hay en esa cosa".

Vi a un hombre joven, un dependiente de una tienda de Woking creo que era, de pie sobre el cilindro y tratando de salir del agujero de nuevo. La multitud le había empujado.

El extremo del cilindro estaba siendo atornillado desde dentro. Casi medio metro de brillante tornillo sobresalía. Alguien chocó contra mí y por poco no caigo sobre la parte superior del tornillo. Me volví, y al hacerlo debió de salirse el tornillo, porque la tapa del cilindro cayó sobre la grava con un estruendo estrepitoso. Clavé el codo en la persona que tenía detrás





y volví a girar la cabeza hacia la Cosa. Por un momento aquella cavidad circular pareció perfectamente negra. Tenía la puesta de sol en los ojos.

Creo que todo el mundo esperaba ver surgir a un hombre, tal vez algo diferente de nosotros, los terrestres, pero en esencia un hombre. Sé que yo lo esperaba. Pero, al mirar, vi en seguida algo que se movía dentro de la sombra: movimientos ondulantes y grisáceos, uno sobre otro, y luego dos discos luminosos, como ojos. Luego, algo parecido a una pequeña serpiente gris, del grosor de un bastón, se enroscó en el centro y se retorció en el aire hacia mí... y luego otra.

Un repentino escalofrío se apoderó de mí. Una mujer gritó detrás mío. Me volví a medias, manteniendo los ojos fijos en el cilindro del que ahora sobresalían otros tentáculos y empecé a retroceder desde el borde de la fosa. Vi que el asombro se convertía en horror en los rostros de la gente que me rodeaba. Oí exclamaciones inarticuladas por todas partes. Hubo un movimiento general hacia atrás. Vi que el tendero seguía luchando al borde de la fosa. Me encontré solo y vi a la gente del otro lado del pozo huyendo, Stent entre ellos. Volví a mirar el cilindro y un terror ingobernable se apoderó de mí. Me quedé petrificado y con la mirada perdida.

Un gran bulto grisáceo y redondeado, del tamaño, tal vez, de un oso, se elevaba lenta y penosamente fuera del cilindro. Al abultarse y captar la luz, brillaba como cuero mojado.

Dos grandes ojos oscuros me miraban fijamente. La masa que los enmarcaba, la cabeza de la cosa, era redondeada y tenía, podría decirse, cara. Había una boca bajo los ojos, cuyo borde sin labios temblaba y jadeaba, dejando caer saliva. Toda la criatura se agitaba y palpitaba convulsivamente. Un larguirucho apéndice tentacular se agarraba al borde del cilindro, otro se balanceaba en el aire.

Aquellos que nunca han visto un marciano vivo apenas pueden imaginar el extraño horror de su apariencia. La peculiar boca en forma de